

Génova G-7: la globalización impugnada

La cumbre del G-7 en Génova pasará a la historia como "la cumbre de la violencia", lo cual es lo más triste y lo menos importante. Lo más triste porque, además de una muerte sin sentido, el estruendo de la violencia no ha dejado escuchar la voz ni las demandas de los manifestantes pacíficos. Lo menos importante porque la solución no es decir "no" a la globalización, sino presentar propuestas alternativas para pasar de la globalización mutilada a una globalización global. Sin embargo, sí ha habido aportes importantes, unos provenientes desde el búnker del palacio ducal y otros, por la vía de Internet. Al hablar de una globalización impugnada no me refiero a la violencia callejera, que en poco o en nada la impugna, sino al hecho de que —una vez más— la globalización y sus principales actores han tenido que confrontarse con sus consecuencias.

Con todo lo que pueda tener de retórica, la declaración final de Génova se inicia con expresiones de diálogo, democracia y solidaridad. "En calidad de dirigentes democráticamente elegidos, responsables ante sus ciudadanos, creen en la importancia fundamental de un debate público sobre los problemas mayores a que se enfrentan nuestras sociedades". En consecuencia, los dirigentes del G-8 se comprometen a "promover innovadoras soluciones fundamentadas en una amplia colaboración con la sociedad civil y el sector privado, buscando una mayor cooperación y una solidaridad con los países en desarrollo, asentada en la mutua responsabilidad de combatir la pobreza y promover el desarrollo durable". Frase que habrá que releerla en el contexto de la cumbre global. Algunos representantes del G-7 manifestaron su deseo de reanudar el diálogo con los manifestantes pacíficos.

Donde podemos encontrar más retórica y menos apego a la realidad es en el análisis de la actual crisis vista con "un optimismo prudente", anunciando la recuperación para fin del año. Sin duda, el G-7 sabe más que nosotros. También saben que es necesario preparar la cumbre de la Organización Mundial del Comercio, porque el fantasma de Seattle lo intranquiliza, pues está obligado a reconocer que las subvenciones y las barreras que apoya gravan el comercio de los productos agrícolas. Lo que no sabe todavía es cuál será el orden de esta agenda. En la agenda de Génova sí aparece el alivio de la deuda externa, un fondo de ayuda para combatir algunas enfermedades mortales, y dentro de las enfermedades, las generadas sobre todo por los grandes Estados, el recalentamiento del medio ambiente y el programa del escudo antibalístico. De entre el ruido de la violencia y con la ayuda del Internet, algo podemos decir sobre la globalización impugnada.

Las tres injusticias

El artículo viene firmado por Romano Prodi, presidente de la Unión Europea y miembro del directorio de esta cumbre. Comienza con un ejemplo: que algunas compañías farmacéuticas permitan (obligadas por la sociedad civil) a Sudáfrica a fabricar medicamentos para combatir el sida y que así millones de enfermos se beneficien con las investigaciones de estas multinacionales es visto como una victoria. "Este episodio debería hacernos reflexionar sobre los valores positivos de la globalización. Podemos ganar o perder el desafío que se nos presenta, pero no podemos eludirlo: nos guste o no, la globalización es un hecho.

Nuestra obligación es controlarla, para ponerla al servicio del hombre". Prodi encuentra tres injusticias, y lo mejor es escuchar sus palabras,

el dramático aumento de la diferencia social y de prosperidad entre las categorías más ricas y más pobres en las sociedades más desarrolladas; esa misma diferencia creciente en las sociedades de los países pobres y, por último, la diferencia de niveles de crecimiento y bienestar medio entre los países ricos y pobres. No nos podemos resignar ante esta situación sin haber hecho cuanto esté en nuestras manos para reducir las desigualdades, promoviendo reformas que permitan a nuestras sociedades hacerse más abiertas, más justas y más comprensivas. Por todo ello, aun condenando de forma absoluta la violencia, no podemos menospreciar una protesta que refleja un malestar real y difuso que en sí mismo no puede ni debe ser ignorado.

El profundo disenso al origen de dichas protestas encuentra su expresión, a menudo confusa, de mil maneras, desde la lucha contra la pobreza hasta la protección del medio ambiente, pasando por la defensa de la cultura local o la oposición al *dumping* social. Esta extrema diversidad de objetivos no debe impedirnos ver el verdadero origen del problema, es decir, la profunda insatisfacción ante los niveles de injusticia y de participación en la sociedad. El problema de la pobreza en el mundo no se resuelve con menos globalización, bien al contrario. No es casual que las sociedades más marginales y pobres del mundo sean, no las actoras en la globalización, sino las olvidadas por ella. En efecto, la alternativa a la globalización es el bilateralismo, en el que a menudo todo queda a expensas de la buena voluntad del más fuerte. Este es uno de los aspectos decisivos del problema. No se puede controlar la globalización sin las organizaciones multilaterales. No se pueden abrir mercados sin pasar por la Organización Mundial del Comercio. La deuda de los países pobres no se puede anular y sus infraestructuras mejorar sin el Banco Mundial o el Fondo Monetario. No se pueden promover normas sociales más elevadas sin la Organización Internacional del Trabajo.

Las reuniones del G-7 y del G-8 se iniciaron como un foro de debate informal, pretendiendo "prevenir o resolver tensiones y malentendidos que podrían resultar peligrosos". Al ir creciendo la

contestación y la animosidad contra esta globalización desde arriba se hace cada vez más urgente escuchar la globalización desde abajo, hacer participar más a toda la sociedad, "cuyo papel en el sistema internacional está creciendo en importancia" (Koffi Annan). Romano Prodi pone, a modo de ejemplo, lo que está sucediendo en la Unión Europea:

medio siglo de integración europea nos ha permitido lograr un equilibrio duradero entre vencidos y vencedores, entre grandes y pequeños, entre estados avanzados y menos avanzados. Hoy esta experiencia es la base de la reunificación de nuestro continente y un modelo en distintas partes del mundo [...] Es ésta la Europa que tengo en mente: la Europa social, una Europa de los ciudadanos que sea un modelo para el mundo por sus niveles de protección y que tenga capacidad de intervención en el exterior como generador de prosperidad y crecimiento también en los países emergentes. Y pienso que estos mismos principios deberían orientar la revisión de otras organizaciones con destacados papeles en la escena internacional [...] Debemos estar dispuestos y abiertos a la escucha de las razones de quienes protestan sin violencia" ("Las tres injusticias", *El País*, 20 de julio de 2001).

Personalmente entiendo que estas reflexiones de Romano Prodi van en la línea del pensamiento expresado por otros autores: George Soros, A. Schlesinger, Alain Touraine, quienes también plantean la tesis de gobernar la globalización (*ECA*, 1998, pp. 897-901) y de Michel Camdessus (Fondo Monetario Internacional) o Koffi Annan, quienes ven la solución en un multilateralismo más vigoroso.

Un orden del día para el G-7

Cinco días antes de iniciarse la cumbre de Génova, Joseph Stiglitz se dirigió al G-7 comentando lo bueno, lo malo y lo feo de su acción, en el entorno mundial. Intuyendo que el primer punto de agenda sería la desaceleración de la economía mundial (y su posible recuperación al final del año), J. Stiglitz aconseja al G-7 no distraerse de los asuntos de largo plazo. "Entre ellos, el más importante es la coordinación de las políticas económicas entre el norte y el sur, ya que en este punto el mundo se enfrenta no a una desaceleración temporal, sino a una crisis de larga duración".

Entre las acciones positivas hay que aplaudir la reducción de la deuda aprobada el año pasado, la

cual fue ratificada en el presente G-7. Sin embargo, la tarea sigue inconclusa y "muchos países necesitan todavía reducciones de su deuda". Para J. Stiglitz, el problema de la deuda externa se relaciona estrechamente con las políticas aplicadas a tantos países en los años de la década perdida y, más recientemente, a algunos países sacudidos por la crisis financiera de 1997, por ejemplo, Indonesia... Estas críticas aparecen también en otro artículo, "Cambio de guardia en el Fondo Monetario Internacional" (*El País*, 17 de junio de 2001), en fecha próxima a la suspendida reunión del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, en Barcelona. Tal vez, por ello, el tono de este artículo es algo cáustico.

El Fondo Monetario Internacional ha cometido errores que llevaron a algunos países a la depresión.

Ahora reconoce que la liberalización del mercado de capital, por la que ejerció tanta presión en el mundo, ocasionó muchos desequilibrios y fue un factor central en la crisis financiera global. La economía no es una ideología, sino el uso de la evidencia disponible y la aplicación de la teoría. ¿Qué evidencia sugirió, por ejemplo, que liberalizar los mercados de capital en los países pobres resultaría en un crecimiento más rápido? Antes de imponer cambios en el sistema económico internacional deben tenerse pruebas irrefutables que los apoyen [...] El Fondo Monetario Internacional, le guste o no, es una institución pública, a pesar de su jerga corporativa. En el mundo del Fondo Monetario Internacional, los países miembros son accionistas. Pero las políticas del Fondo Monetario Internacional afectan a las personas y a las economías de una manera que ninguna corporación podría afectarlas jamás. Como institución pública debería ser dirigida a partir de principios democráticos [...] al parecer sólo los ministros de finanzas y los funcionarios de los bancos centrales pueden sentarse a la mesa del Fondo Monetario Internacional. Al comportarse así, el Fondo Monetario Internacional pisoteó principios económicos y éticos básicos. Todas las políticas tienen ventajas y desventajas. Algunas favorecen a ciertos grupos, otras presentan mayores riesgos. Lo mejor es dejar que los procesos políticos de cada país decidan qué política será adoptada; esta decisión no debe ser usurpada por burócratas internacionales, sin

importar lo competente que sean. Al considerar que las decisiones relacionadas con las políticas son meras cuestiones técnicas, los economistas violan preceptos éticos y profesionales básicos...

Volviendo a la carta o misiva enviada al G-7, J. Stiglitz toca un punto tantas veces criticado por él como economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, crítica que le costó ser relegado del puesto. "El sistema de comercio global está en problemas. Se predica el libre comercio como el evangelio en todas partes, pero parece que los países no hacen caso de su propio mensaje; sus mercados permanecen cerrados a muchos de los productos de los países en desarrollo, subsidian sus agriculturas en forma masiva, lo que hace imposible que los países en desarrollo puedan competir. El mensaje del G-7 parece ser: hagan lo que decimos, no lo que hacemos. Peor aún, los intereses económicos están por encima de todo, dejando de lado el delicado equilibrio que caracteriza a las políticas económicas y sociales. La Ronda de Uruguay de 1994, por ejemplo, estableció un régimen de propiedad intelectual que pone a los intereses de los propietarios por encima de los de los usuarios, incluyendo a los del mundo en desarrollo". Stiglitz hace referencia al caso citado por Romano Prodi. "Las compañías farmacéuticas insistieron en sus derechos, aun si ello condenaba a las víctimas pobres del sida. La sociedad civil mundial, finalmente, ganó en este punto, pero el régimen de propiedad intelectual no sufrió ningún cambio".

Aunque J. Stiglitz haya afirmado que "la teoría del libre comercio es un fraude intelectual", no significa que niegue la necesidad y los beneficios del comercio internacional, sino todo lo contrario. "El comercio puede ser un poderoso motor para el crecimiento económico, el cual es muy necesario en los países en desarrollo y en los postcomunistas. La ironía consiste en que mientras el G-7 impulsa los asuntos comerciales en ciertas dimensiones, no lo hace suficientemente en otras. He aquí algo que los países ricos podrían hacer de inmediato: abrir totalmente sus mercados a todos los bienes y servicios de los países más pobres del mundo (a excepción de las armas)". Stiglitz admite que esta apertura podría generar algunos costos iniciales, pero las economías ricas se adaptarían y saldrían también beneficiadas, defendiéndose "de acusaciones de hipocresía que lanzan en su contra los países en desarrollo".

También en este artículo vuelve a insistir en "la democratización del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Los intereses especiales y los intereses de los países ricos son demasiado dominantes. Dentro de los países del G-7, cuando se discuten problemas económicos no sólo participan los ministros de finanzas y los dirigentes de los bancos centrales. Los trabajadores, los comerciantes y los consumidores también hacen oír su voz. Las organizaciones económicas multinacionales deben escuchar a todas las partes involucradas".

Existe también otro campo donde se aplica la doble política y donde juega la doble moral: el papel del Estado. "La mayoría de los líderes del G-7 están comprometidos en casa con la búsqueda de un terreno intermedio entre un Estado demasiado dominante y la economía de *laissez-faire*. Aun cuando los mercados desempeñan un papel central, se deja una parte importante al gobierno. Desgraciadamente, las organizaciones económicas multinacionales se alejan de los principios democráticos internos de los países a los que supuestamente tratan de ayudar. Los retos son muy grandes. Algunos líderes del G-7 considerarán que estas reformas son muy dolorosas. No obstante, todos tenemos mucho que perder si no se atacan estos problemas, ya que son asuntos que determinan el futuro de la economía mundial" ("Un orden del día para el Grupo de los siete", *El País*, 15 de julio de 2001).

Por las mismas fechas se sumaron las reflexiones de otros autores sobre Génova y la globalización. Lester Thurow se pregunta: "¿Tocará el G-7 la lira mientras arde la economía?" (*El País*, 19 de julio de 2001). Zygmunt Bauman, Universidad de Leeds y Varsovia, plantea "El desafío ético de la globalización" (*El País*, 20 de julio de 2001). Y *Le Monde* recoge una serie de pronunciamientos de "Las iglesias contra la colonización de los países pobres" (19 de julio de 2001). Aunque interesantes, no es posible detenerse comentando estos aportes, para escuchar lo que se dice dentro del palacio ducal.

El G-8 frente a los problemas de la mundialización

Los miembros del G-7 y del G-8 admiten que la situación económica mundial no está bien, pero se afanan por predecir que la recuperación llegará para fin del año. Se trata de un "optimismo prudente", de acuerdo a los análisis hechos por los

ministros de finanzas a inicios del mes. El punto de partida es que "la desaceleración de la economía mundial ha sido superior a lo previsto" (*Le Monde*). Japón se halla en franca recesión, luego de diez años en que su economía se deteriora y ninguna de los programas lanzados por los primeros ministros ha tenido éxito apreciable. Su deuda pública es 130 por ciento del PIB, sus bancos acumulan préstamos incobrables y esto se refleja en la bolsa de valores. Se trata de la segunda economía mundial y Lester Thurow explica que muchas familias están endeudadas con hipotecas impagables en la presente generación, y que, al final, tendrán un activo que vale mucho menos de lo que pagaron por él. La situación de endeudamiento de muchas familias y de los bancos es el resultado de la pasada especulación inmobiliaria.

Después de nueve años de crecimiento con baja inflación, que caracterizaron a la época de Clinton, la economía estadounidense entra en un proceso de desaceleración que Alan Greenspan trata de contener con sucesivas reducciones de la tasa de interés, para apuntalar el consumo y sostener la actividad económica. A su vez, el enfriamiento de esta economía ha contagiado al viejo continente y no se espera que Europa supere el 2 por ciento de crecimiento, medio punto superior a Estados Unidos. El resto del mundo está sintiendo esta recesión. Desde esta perspectiva, preocupan especialmente las crisis de Turquía y Argentina, que pueden contagiar a otros países. Aun sin entender las profundidades y las entrañas de las economías, cualquiera puede preguntarse cómo es que, en un año, la euforia de la "nueva economía" se ha convertido en una desaceleración tan general.

Lester Thurow centra el problema en la baja de la inversión en el sector de las comunicaciones, lo cual, al parecer, nos lleva al mundo de la especulación.

Las razones son muy simples. Hay dos formas en que las empresas pueden ganar dinero invirtiendo en infraestructura de comunicaciones. Los beneficios pueden proceder de los precios que se cargan a los usuarios finales. Pero la compensación es a largo plazo, a no ser que el mercado de valores pueda elevar a corto plazo el valor de las acciones de las empresas que están haciendo inversiones en infraestructura, basándose en que aquellas que más inviertan son las que tienen más posibilidades de ser las ganadoras a largo plazo en las guerras de la

telecomunicación. Y la segunda es lo que estaba sucediendo hasta que se derrumbó el mercado de valores de la alta tecnología. Aquellos que invirtieron en infraestructura de telecomunicaciones se encontraron con que el valor de sus acciones subía más que los costos de las inversiones. Hoy día, después de la caída, el mercado de valores está haciendo exactamente lo contrario. Aquellos que contrajeron grandes deudas para financiar la infraestructura de telecomunicaciones están siendo penalizados por esas enormes deudas. Lo que antes se premiaba ahora se penaliza, y el nivel "correcto" de inversión está muy por debajo de donde estaba.



Lester Thurow teme que este proceso se repita en Europa, donde se están haciendo grandes inversiones en infraestructura de telecomunicaciones. En tal hipótesis, la anunciada recuperación no llegaría al final del presente año. Sin embargo, el comunicado oficial del G-7 no toma en cuenta estas observaciones, que, en el fondo, vienen a decir que la especulación castiga a la especulación.

El crecimiento norteamericano ha sufrido un fuerte frenazo, pero las tendencias de largo plazo son favorables. Los mercados son dinámicos y flexibles. Las políticas monetarias y presupuestarias se utilizan en forma activa para apoyar la recuperación, preservando la estabilidad de los precios [...] En la zona del euro, la actividad económica se ha frenado, pero las perspectivas son favorables. Una reducción de la fiscalidad así como reformas estructurales destinadas a mejorar el nivel de empleo deberán servir para sostener un crecimiento durable no inflacionario.

Por lo que atañe a Japón, baja un poco la temperatura del termómetro, aunque el primer ministro japonés trata de insuflar optimismo. "En este contexto, la política monetaria debe seguir proporcionando un amplio margen de liquidez. Un vigoroso juego de reformas del sector bancario y del sector empresas es necesario para asentar las bases de un crecimiento económico más fuerte a mediano plazo. Las medidas tomadas recientemente por Argentina y Turquía constituyen avances positivos en esta dirección". Los dirigentes del G-7 deben saber más que nosotros y tratan de convencerse a

sí mismos. Para ellos, la economía mundial es la del hemisferio norte. Luego o aparte, los seis invitados (¿invitados de piedra?) del tercer mundo dirán algo sobre sus economías.

¿Qué hay que hacer por los demás? En primer lugar, el compromiso de aliviar la deuda externa por 53 mil millones de dólares de los países más endeudados, con la promesa de seguir ampliando este alivio de las deudas. Se ha constituido un fondo de 1 200 millones de dólares para luchar contra el sida, el paludismo y la tuberculosis en el tercer mundo, especialmente en África. Varias organizaciones no gubernamentales estiman que se trata de un mínimo esfuerzo, tomando en cuenta que se ha pagado cuatro veces el monto de la deuda original (1982) y dicho monto se ha incrementado 3.5 veces. Estos países dedican más cada año a reembolsar la deuda de lo que dedican a salud y educación. Koffi Annan calcula que para combatir aquellas enfermedades se requeriría un aporte de 10 mil millones de dólares.

La OMC de Qatar

Como desde 1999 no se ha reunido la Organización Mundial del Comercio, el G-7 y especialmente George W. Bush programan un nuevo y ambicioso ciclo de negociaciones, siempre dentro de las normativas de dicha institución. Paralelamente, el G-7 debe "renovar su compromiso a favor del libre intercambio para asegurar un crecimiento económico sostenido a nivel mundial", teniendo en cuenta las prioridades de los países en desarrollo, en particular de los más endeudados. Este ciclo de conversaciones "debe favorecer un

desarrollo durable” y dar respuestas a las expectativas legítimas de la sociedad civil. Es necesario mejorar el acceso a los mercados de los países pobres y establecer reglas comerciales más sanas y transparentes, fortaleciendo a la Organización Mundial del Comercio como fundamento del sistema comercial internacional. Finalmente, el documento se felicita porque las negociaciones del ingreso de China en la Organización Mundial del Comercio están casi concluidas y adelantadas las del ingreso de Rusia (“Le G-8 face aux problèmes de la mondialisation”, *Le Monde*, 16 de julio de 2001; “Le ralentissement de l’économie mondiale a été plus prononcé que prévu”, 20 de julio de 2001).

Como la liberalización del comercio es uno de los puntos álgidos del movimiento antiglobalización, Bush atacó a estos opositores. “No puedo decirlo más claro: están dañando a los países pobres. Están condenando a los países pobres a la pobreza y no podemos aceptarlo”. Sin los exabruptos de Bush, el informe que los ministros de finanzas enviaron a sus líderes, reconoce que “el acceso a los productos de los países pobres se ve obstaculizado por un gran número de barreras comerciales y porque muchos de estos países tienen serias dificultades para alcanzar los estándares de calidad que exigen los importadores. Para que la liberalización comercial sea beneficiosa para estos países es necesario remover estas barreras y asegurar el uso apropiado de la protección comercial”. El problema es que todavía no se ha acordado la agenda de negociación en Qatar, aunque parecen ya presentarse algunas divergencias entre Estados Unidos y Europa, en ciertos puntos que vienen arrastrándose desde la Ronda de Uruguay (“Los países industrializados se enfrentan en Génova al reto de la crisis económica”, *El País*, 20 de julio de 2001; “Los países ricos reconocen que sus trabas al libre comercio frenan el desarrollo”, *ibid.*).

Diálogo con la sociedad civil

Necesariamente, el ruido y la violencia exterior y sobre todo los crecientes reclamos de los manifestantes pacifistas llegan al interior del búnker que protege al G-7 y al G-8, lo cual es más que un símbolo de una globalización impugnada. Al fin y al cabo, esos líderes son la representación de unas fuerzas motrices y perturbadoras que planifican fríamente las economías mundiales, la suerte de todos los pueblos. El mercado es la nueva forma de planificación centralizada. Unos dicen “no a la

globalización”, otros piden “governar la globalización”. Con todo lo que tenga de retórica la declaración final, antes citada, “lo escrito, escrito está” y servirá de argumento para nuevas demandas y reclamos. “En calidad de dirigentes democráticamente elegidos, responsables ante sus ciudadanos, creen en la importancia fundamental de un debate público sobre los problemas mayores a que se confrontan nuestras sociedades”. En consecuencia, los líderes del G-8 se comprometen a “promover innovadoras soluciones fundamentadas en una amplia colaboración con la sociedad civil y el sector privado, buscando una mayor cooperación y una solidaridad con los países en desarrollo, asentada en la mutua responsabilidad de combatir la pobreza y promover el desarrollo durable”.

Admitiendo la dosis retórica que contengan estas declaraciones, conviene destacar las consecuencias positivas. Para algunos miembros del G-7 es necesario reanudar el diálogo con los movimientos pacifistas, solicitando que “los responsables de todos los movimientos y partidos democráticos, en cualquier parte del mundo, se distancien de los violentos”. Gerhard Schroder estima que “es inútil dialogar con quienes no tienen una creencia política”, lamentando que “los perturbadores de Génova hayan utilizado a sabiendas las manifestaciones pacíficas como una cobertura de actos claramente ilegales” (“Les Huit promettent le dialogue au mouvement antimondialisation”, *Le Monde*, 23 de julio de 2001).

De aquí emanan dos lecciones o conclusiones importantes. Joaquín Estefanía, jefe de opinión de *El País*, critica los actos de vandalismo con los argumentos de Susan George, intelectual del movimiento antiglobalización. Los grupos violentos “hacen inevitablemente el juego al adversario... los medios de comunicación y los políticos no hablan más que de la violencia; las ideas, las razones, las propuestas quedan escondidas. Cualquiera que piense que rompiendo escaparates y atacando a la policía amenaza al capitalismo, no tiene pensamiento político. Es un necio. No se puede construir un movimiento amplio y popular sobre la base de la violencia; la gente no vendrá a las manifestaciones, ni a seminarios de estudio. No es democrático. Hay grupos que nunca están en el trabajo preparatorio, que no hacen nada en el trabajo de cada día, pero que aparecen en las manifestaciones como flores venenosas para romper cualquier acuerdo que haya sido negociado por los

demás. "Se insulta a los que rechazan y condenan la violencia, tratándolos de reformistas" (*El País*, 26 de junio de 2001). En este artículo, J. Estefanía destaca los logros de la crítica de los manifestantes pacifistas a las diversas facetas de la globalización.

Esto es lo que sucedió en Génova. No hubo lugar para escuchar la "cruzada contra la globalización" o "la voz de las iglesias contra la colonización de los países pobres", así como tampoco a otros manifestantes. La violencia confina a los manifestantes pacifistas, en expresión de J. Wolfensohn, a la sola "expresión virtual" de Internet. Aquí se encuentra la segunda lección: hay que escuchar, dialogar y consultar a la sociedad civil y las manifestaciones pacifistas, como una forma de expresión, son legales. Un símbolo, todavía imperfecto, se realizó en Génova al invitar a seis jefes de Estado del tercer mundo, para que, a través de ellos, se pudiera escuchar la voz de estos pueblos. Lo que no sabemos es si "todos" estos jefes de Estado pronunciaron su voz o la voz de sus pueblos. En la cumbre del milenio se pidió a los gobiernos auscultar a las agrupaciones de ciudadanos, "cuyo papel en el sistema internacional está creciendo en importancia". No está demás recordar que el primer anexo del ALCA (Quebec) recomienda a los gobiernos "la transparencia de las relaciones entre las instituciones y los ciudadanos, dándosele mayor importancia a la sociedad civil".

El 19 de julio, *Le Figaro* publica un artículo del presidente Jacques Chirac, "Humanizar la mundialización". El texto está dirigido a los miembros del G-8, reunidos en Génova:

Nosotros no debemos ser, bajo ningún concepto, un "directorio del mundo". Debemos trabajar como un apoyo dentro del marco de las instituciones internacionales. El G-8 hace su servicio cuando ayuda a Naciones Unidas, al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional o a la Organización Mundial del Comercio a cumplir sus respectivas funciones, a dar la mejor respuesta a las preocupaciones y necesidades de nuestros conciudadanos [...] El esfuerzo por la democratización de la vida internacional se hace a través del diálogo, lo único que permite la mejor toma de conciencia de las preocupaciones de nuestros conciudadanos. Cuando la mundialización afecta la vida de mujeres y hombres, la conciencia ciudadana debe fortalecerse a escala internacional. La

protesta contra la opresión, la miseria, el combate por salvaguardar el medio ambiente son otros tantos signos de esta conciencia ciudadana mundial [...] Como lo he dicho y lo volveré a decir en Génova, me parece que ha llegado el momento de organizar, no sólo en la cumbre de Génova, un nuevo modo de encuentros que reúnan también un grupo representativo de países emergentes, en transición o pobres para dialogar con ellos sobre el control de la mundialización y del desarrollo durable. Francia propone hacerlo en el año 2003, cuando tenga la presidencia del G-8 ("Les Eglises contre la colonisation des pays pauvres", *Le Monde*, 19 de julio de 2001).

Se van sumando las voces que nos dicen que la conciencia ciudadana está creciendo y que los gobiernos deben y necesitan escuchar esta conciencia de los grupos sociales. En expresión de J. Chirac, el objetivo es "gobernar la globalización". La pregunta irreal es si entramos o no entramos en la globalización, cuando el interrogante real es si nos permiten o nos niegan el ingreso en ella, y para eso se hace necesario gobernarla. Para conseguirlo, la conciencia y la acción ciudadana deben tomar más fuerza. Ojalá lo entiendan así los gobiernos.

La tierra se está recalentando

Ya en 1972, el informe del Club de Roma había advertido al mundo sobre la "guerra caliente", que se libraba entre la economía y la ecología. ¿Quiénes son los contaminadores de nuestro mundo? Estados Unidos y Canadá con el 25 por ciento, Europa con el 21 por ciento, los países asiáticos en vías de desarrollo con el 19 por ciento, la ex Unión Soviética con el 12 por ciento, Centroamérica y América del Sur con el 11 por ciento, los países industrializados del Pacífico asiático con el 5 por ciento, África subsahariana con el 4 por ciento y el Oriente Medio y el norte de África con el 3 por ciento.

En la cumbre del milenio, Koffi Annan había solicitado a todos los países ratificar el protocolo de Kyoto (1997), por ser el más conocido, aunque no el único acuerdo. Este protocolo, aprobado después de maratónicas sesiones, "afecta a los países desarrollados a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero en un 5 por ciento de media en el período 2008-2012, respecto a los niveles de 1990. Estados Unidos y Europa se comprometieron a una reducción mayor (del 7 y 8 por ciento respectivamente). Se estima que los países más ri-

cos del mundo, con un 20 por ciento de la población mundial, emiten más del 60 por ciento de los gases de efecto invernadero". El gobierno de Clinton (Al Gore, *La tierra en juego*) firmó el protocolo, pero no pudo ratificarlo, debido a la hostilidad del senado. Al llegar a la Casa Blanca, G. W. Bush anunció que no aceptaba ni los objetivos ni los contenidos de dicho protocolo. De esta manera, el gobierno de Washington, al negarse a ratificar el acuerdo de Bonn, en julio de este año, ha quedado marginado de la comunidad mundial. El delegado iraní en Bonn, Bagher Asadi, dijo que esta ratificación "significa lo central del concepto de cooperación internacional para alcanzar los objetivos comunes de la comunidad global. Es el triunfo del multilateralismo y de la cooperación sobre el unilateralismo". El gobierno de Estados Unidos quedó malparado en Bonn y en Génova.

El World Resources Institute emitió un informe negativo sobre la política energética estadounidense. Estados Unidos, "el primer emisor histórico de gases de efecto invernadero continuará siendo por muchos años el gran contribuyente". Estados Unidos, con el 5 por ciento de la población mundial, ha sido responsable del 30 por ciento de la polución planetaria en el siglo pasado (1900-1999), mientras que China e India, con el 40 por ciento de los habitantes del planeta, no han contribuido más que con un 7 y 2 por ciento, respectivamente. En 1999, las emisiones del sector eléctrico estadounidense sobrepasaron las emisiones totales de seis países emergentes: Argentina, Brasil, Indonesia, México, África del Sur y Corea del Norte. Con la adhesión, a última hora, de Japón y Australia quedó aprobado y salvado el protocolo de Kyoto, en Bonn, comprometiéndose los países industrializados a destinar unos 410 millones de dólares anuales hasta el 2005 para ayudar a los países en desarrollo a combatir los efectos del cambio climático. Sin embargo, la retirada de Estados Unidos complica el problema del financiamiento. En la reunión de La Haya del año pasado se había propuesto crear un fondo de mil millones de dólares. El jefe de la delegación estadounidense había indicado que su país no estaba dispuesto a aumentar su ayuda financiera a los países del sur, en particular en el marco del tratado de Kyoto. Estas afirmaciones no le van a ganar la simpatía de esos pueblos.

No obstante, en Génova los delegados de Washington se expresan como si no hubiera pasado nada en Bonn. Para ellos, el texto de Kyoto es "funda-

mentalmente defectuoso" y el gobierno estadounidense se presenta como el campeón del medio ambiente. Condoleezza Rice dijo que Bush "desea continuar trabajando con nuestros amigos y aliados y con el resto del mundo". El mismo Bush afirmó: "Nos hemos puesto de acuerdo para reducir el efecto invernadero y continuar el diálogo". Llamó la atención ver al vicepresidente Dick Cheney, miembro del *lobby* petrolero, "predicar a favor de la conservación de la energía". Todo este florilegio no puede hacer olvidar el rechazo de Bush a ratificar el tratado, porque, según él, es malo para la salud de la economía estadounidense. El unilateralismo de G. W. Bush en el tema del medio ambiente y en el no menos espinoso asunto del "escudo antibalístico" contra los "estados terroristas", que no entusiasma a Rusia, ni a China, ni a los europeos, no enaltece la imagen del gobierno de Washington ("La conférence sur le climat vers un accord politique", *Le Monde*, 21 de julio de 2001; "Climat: 180 pays contra M. Bush", 24 de julio de 2001; "L'administration Bush fait mine de ne pas se soucier de son isolement", 24 de julio de 2001; "Rechauffement climatique: les États Unis ne bloqueront pas les négociations", 26 de julio de 2001; "La UE salva la cumbre de Bonn al rebajar sus exigencias", *El País*, 23 de julio de 2001).

Desde el espejo retrovisor

Buena parte de la prensa europea ha sido muy crítica de la cumbre de Génova: "quedará como el suceso que hace que el mundo rechace cumbres dispendiosas y ultracustodiadas", "Las discusiones económicas del G-7 sólo han producido las trivialidades habituales", "La idea de que la vida de los africanos va a transformarse por las palabras dichas en Génova es una broma pesada", "Los participantes en estas cumbres suelen perder de vista la diferencia que hay entre lo que ellos dicen en sus comunicados y lo que sucede en la realidad". El *Time* recomienda a los jefes de Estado y gobierno "hacer más por demostrar el aporte político de estas reuniones y no tanto por el aspecto de banquetes, ceremonia y opulencia". *El País* critica el escaso resultado de esta cumbre, afirmando que "la propia existencia del G-8 constituye una provocación; una asimetría más entre la nueva realidad global y una instancia poco representativa de aquellos que, estando sumergidos en el proceso de integración económica y financiera, no son de momento sus beneficiarios". "Los dirigentes de los países ricos crean expectativas de

resultados y logros concretos, a los que ellos responden sólo con palabras huecas y grandes declaraciones de buena intención”, dice *Le Monde* y continúa, “Triste balance de la cumbre de los países ricos: un G-8 vergonzoso. Fuera de algunos convenios, estas cumbres sólo sirven de vitrina de decisiones tomadas en otra parte, incluso como un revestimiento de la ausencia de toda decisión” (“La presse internationale conteste l’utilité du sommet”, 23 de julio de 2001).

Esta misma crítica nos puede llevar a mantener “un optimismo prudente”, al modo del agua del

río que erosiona o moldea las rocas. Si a través de la crítica razonada se va creando una mayor toma de conciencia, si las reflexiones de tantos autorizados pensadores refuerzan esta toma de conciencia ciudadana y sobre todo si se van sugiriendo enmiendas y propuestas alternativas, iremos dando fuerza a la teoría de que es necesario gobernar la globalización. Esta teoría también va ganando fuerza.

F. Javier Ibisate S. J.
Catedrático del Departamento de
Economía de la UCA

